

27 - La guerra de una joven entre las estrellas [Youjo Senki/Star Wars]

- [27 - La guerra de una joven entre las estrellas \[Youjo Senki/Star Wars\]](#)

27 - La guerra de una joven entre las estrellas [Youjo Senki/Star Wars]

La guerra de una joven entre las estrellas

27

40 BBY/960 GSC.

Suspiro profundamente al salir de la llamativa ducha de agua en la antigua propiedad de Ramil, que la hermana del Maestro Dooku, Jenza, nos había prestado para alojarnos hasta que estuviésemos listos para partir. Caminando hacia mi cama, dejando caer la toalla por el camino, recogí la bata de seda roja que allí había extendida y me la puse.

Con un suspiro, me desplomé en la cama, extremadamente suave y acogedora, cerrando los ojos. La cena estaría pronto, así que no podía dormir del todo, pero una siesta ligera y algo de meditación no me harían daño—

Golpearon la puerta, y fruncí el ceño, extendiendo la mano para tantear al que estaba al otro lado. Levanté una ceja al descubrir que era el Maestro Dyas; me puse de pie y me dirigí hacia la puerta. El hombre sonrió al verme abrirla. Llevaba la capucha de su manto levantada y miraba de reojo por el pasillo. En ese momento me di cuenta de que era la primera vez que lo veía desde que lo dejé sobre esa plataforma para ir tras el dragón.

"¿Puedo pasar?"

Asentí con la cabeza, apartando un poco para dejarlo entrar y cerré la puerta. Volví a sentarme en la cama mientras él sacaba una silla de debajo de un escritorio en la esquina y se sentaba a horcajadas sobre ella, antes de volver a bajar la capucha.

Observándolo un momento, finalmente pregunté: "Desapareciste después de la batalla. Los mandos que vinieron a reportar dijeron que habías partido."

Él hizo una mueca, asintiendo aunque sonreía. "Ah, sí, sobre eso..."

"

Dyas soltó una carcajada, preguntando: "¿No vas a preguntar primero qué quiero?"

"Eres un Maestro en buena posición. También has tratado conmigo justamente y has hecho mucho para ayudarme desde que me uní a la Orden. Tengo curiosidad, pero supongo que no me pedirías que hiciera algo que no consideraras necesario."

Dyas asintió. "Ambos sabemos que se aproxima una guerra." Asentí en señal de acuerdo, y tras un momento, continuó. "He organizado recursos y tropas para la guerra. Pero para que esto funcione, no puede filtrarse

" que confiesa lo que requiere

un poco más tú

"

"Jaja. Gracias. Pero eso es solo la primera parte."

"¿Hay más?"

"Sí. Volverás a Coruscant con los demás para informar al Consejo. Cuando llegues allí, necesitas visitar los archivos. Hay un planeta que quiero que elimines, el planeta Kamino, en el sistema Kamino, en el sector Abrion. Si puedes, también sería de ayuda que lo eliminaras del sistema de mapas galáctico. Recuerdo que tienes experiencia en eso, justamente,"sonrió.

"Sé a quién acudir para que lo haga como favor," confirmé.

"Bien. Eso es bueno. No debería quedar rastro del dinero en sus sistemas, y todo lo que haya tomado prestado estará en su lugar para cuando retire lo que he generado. Te enviaré la parte que te corresponde a tu cuenta personal y podrás usarla como quieras." Tras pensarlo un momento, asintió. "Creo que eso es todo."

Asistí con un asentimiento mientras el Maestro Dyas se levantaba, uniéndose a él en su camino hacia la puerta. Extendí la mano, recogí uno de mis sables de luz del aire y se lo ofrecí. "Si vas a rendirte el tuyo, no deberías viajar sin uno."

El maestro Dyas soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza. "Gracias. Aprecio la oferta, pero una de las cosas que aprendes después de ser Jedi por un tiempo es siempre hacer un repuesto y mantenerlo escondido, por si acaso hay emergencias." Sin bajar la mano, palmeó mi hombro. "Cuídate, Tanya."

"Igualmente, maestro Dyas," asentí, y el hombre se dio vuelta y salió, cerrando la puerta en silencio tras de sí. Devolví el sable de luz a la estantería y tomé mi computadora del escritorio, ya que me habían recordado la necesidad de hacerlo. Sentada en la cama, empecé a preparar mi informe sobre los acontecimientos en Sereno...

Con los mercenarios de Ramil vencidos y huyendo, su ejército de droides destruido, y el propio Ramil muerto a manos de algún soldado bien intencionado, aunque quizás demasiado entusiasta, que se mantendría en el anonimato, eso no significaba que las cosas volvieran a la normalidad de inmediato.

El gobierno de Jenza tomó el control y comenzó a poner en marcha el proceso de restablecer todo a su curso natural. Eso incluyó localizar y liberar a las últimas personas que habían sido tomadas como rehenes, quienes habían sido abandonadas por los Abyssins en condiciones que apenas mejoraban las de una prisión. A todos los que habían sido reclutados en contra de su voluntad se les concedió amnistía y se les permitió volver con sus familias, muchas de las cuales los recibieron con lágrimas en los ojos.

Por supuesto, alguien

Mientras nos encargábamos de ese problema particular a petición del maestro Dooku, el anciano pasaba su tiempo con su hermana y, de vez en cuando, con Satine y Jaster, hablando de política. No estaba al tanto de esas discusiones, ni me interesaba demasiado estarlo. Realmente no necesitaba saber sus planes para reconstruir Serenno, a menos que fuera a involucrarme de alguna manera.

Además... sería muy genial poder decir que tenía una chaqueta de piel de dragón o algo así.

Cuando no estaba ayudando a seleccionar a los candidatos a la amnistía por traidores, la mayor parte de mi tiempo la dedicaba a practicar o a meditar. Por alguna razón, el maestro Kostana había mostrado interés en mí. Aunque, eso quizá tenía algo que ver con la 'muerte' del maestro Dyas.

Dos días después de mi reunión secreta con él, los Mandalorianos encontraron el cuerpo del maestro Dyas, justo como él había dicho que lo harían—o al menos, el cuerpo que él había preparado y dejado atrás. La ceremonia fue breve, celebrada por la noche. Lo que quedó del cuerpo fue envuelto en tela y quemado en una pira funeraria. De alguna manera, su cristal de sable de luz llegó a mis manos, ya que el sable mismo estaba aplastado y dañado más allá de reparaciones, y, sin querer rechazarlo ni parecer sospechosa, ya que el hombre era un amigo, acepté.

Desde entonces, el maestro Kostana había estado... Quisiera decir que me estaba entrenando, pero sería más preciso llamarlo una prueba, y en realidad, una preocupación profunda.

Incluso yo misma, ella misma,

más

... también para mí.

Lamentablemente para mí, salvar su vida cambió un poco la actitud de Satine hacia mí. Ella estaba siendo amistosa y haciendo un esfuerzo genuino, y dado quién era y su relación con Obi, no podía simplemente hacerla a un lado, lo que hacía las cosas un poco incómodas.

“

Volví a dirigir la vista hacia donde Obi y Satine se despedían. Satine volaría de regreso a Mandalore con su pueblo y no íbamos a detenernos para despedirla. Nuestro trabajo allí había terminado y, aunque quizás algún día volveríamos, no sería en un futuro cercano. No podía oír exactamente lo que decían, pero sí podía sentir las emociones involucradas y hacía todo lo posible por bloquearlas, intentando darles cierta privacidad.

El Maestro Qui-Gon dejó escapar una risita tranquila y le lancé una mirada de curiosidad. En voz baja, comentó: “Recuerdo la primera vez que tuve que despedirme de una joven. Fue difícil. Si ella hubiera pedido, quizás me habría quedado.”

—Estoy seguro de que esa no fue la última vez, tampoco— susurré, y el hombre me dirigió una mirada divertida, antes de tocarse la nariz con un dedo.

—Un caballero no besa y cuenta, ni tampoco debe hacerlo una dama— afirmó, y su sonrisa se amplió un poco más. —Pero puedo decir que con el tiempo eso se volvió más sencillo.

Solté un suspiro molesto, dejando entrever un momento de frustración. —Parece... una tontería—

—¿Por qué piensas eso?— preguntó, sin mostrar juicio en su tono, ni esa sensación de arrogancia que tenían algunos de los Maestros con quienes había interactuado. En cambio, su actitud era de paciencia y serenidad.

—

No fue una pregunta, pero él asintió. —Eso es.

—Los humanos tenemos—

—¿Por qué no somos alentadores?—

Al mirarme desde el borde del ojo, continuó: —Aún no han dicho nada, pero todos tenemos una idea de lo que sucedió con el Tirra'Taka que te permitió volar. Has mencionado que es una técnica muy exigente en la Fuerza y, en pruebas posteriores, solo has logrado unos minutos de vuelo sostenido en una ocasión. Sin embargo, cuando emergió el dragón, hiciste mucho más que simplemente volar, durante mucho más tiempo—

—Lo hice— confirmé.

“¿Por qué crees que es así?”

No necesité pensarlo demasiado. Lo sabía desde hacía tiempo. “Emoción.”

“Exactamente. Estabas lleno de la voluntad de sobrevivir. Es una emoción que no es ni positiva ni negativa, pero puede ser utilizada para cualquiera de las dos. Al conectarte con esa emoción, lograste detener una amenaza que podría haber acabado con muchas vidas. Eso, objetivamente,

es algo bueno. En el calor del momento, te impulsaste a confrontar lo que te hacía temer. Ahora, imagina que ese mismo poder se emplea con otro propósito. En diferentes circunstancias. Supón que envejeces y deseas formar tu propia familia. Tienes un hijo. Algo sucede, no tiene que ser un acto malicioso, pero sucede, y tu hijo muere. Consumido por el dolor y la pérdida, desatas la Fuerza y, sin darte cuenta, has destrozado la ciudad donde vivías y has causado la muerte o las heridas de todos sus habitantes. Tu apego a esa relación ha provocado un sufrimiento aún mayor en el mundo, superando todo lo bueno que pudo haber surgido de ella. Todo en un instante en que las emociones y la Fuerza convirtieron lo que

las emociones son fuego y la Fuerza es gasolina de cohete

“muy cauteloso”

Entornando los ojos, respondí: “Si como hoy, tendré que ir al baño mañana, así que no debería comer. Dentro de un mes, pasaré hambre porque no atendí una necesidad biológica básica. Tiene que haber una forma de equilibrar las necesidades y los deseos con precaución y seguridad, pero renunciar a las cosas que necesitamos o queremos no es el camino.”

algunas también

“¿Qué quieres decir?” pregunté, y el hombre sonrió.

Extendiéndome una mano, dijo: “Puedes amar a alguien, pero cuando mueren o se alejan de nuestras vidas,” extendió la otra mano, “déjalos ir.”

Si amas algo, déjalo ir

“Es una posible respuesta,” encogió los hombros. “Por supuesto, no se aplica a todo. Obviamente, habría situaciones donde una acción decidida...”

“... ”

“Mucho”

“Por supuesto. Gracias por escuchar.”

“ ”

Yo asentí. “Lo haré.”

El maestro Qui-Gon se fue, asintiendo a los dos Mandos al cruzarse, y ellos le devolvieron el gesto. Jaster se detuvo frente a mí mientras Jango subía por la rampa hacia mi nave, donde escuché que soltaba la caja.

“¿Era mi armadura?” pregunté, mientras Jango salía.

“Está allí, junto con tu parte del cuero,” confirmó el joven. “También hay algo extra. Pensé que te gustaría.”

“Aún no entiendo para qué necesitabas mi armadura,” miré con escepticismo a los dos, y solo sonrieron. “¿Qué había de ‘extra’?”

“Lo descubrirás,” se rió Jaster. “Recuerda, esperamos que regreses en algún momento. Ven a visitarnos cuando puedas. Si me envías tu ubicación general, puedo enviarte misiones en cualquier sector cercano, si buscas trabajo y conozco algo por allí.”

“O si necesitas que hagamos algo,” asentí. “Creo que estaremos en Coruscant por un tiempo. No sé qué habrá después, pero te lo haré saber.”

“Recuerda, ahora eres un Mandaloriano. Haznos sentir orgullosos.” Asintió el anciano, dándome una palmada en el hombro. “Hasta pronto, pequeño.”

Jaster se giró y se marchó, mientras Jango extendía su mano y nos estrechamos. “Llámanos si necesitas algo.”

“Igualmente.”

Jango también se fue, y observé cómo subían a su transporte. Los Mandos partieron primero y pronto desaparecieron de vista. Qui-Gon regresó con Obi, con la mano sobre el hombro de la mayor. “Todos vamos al mismo lugar. Tanya, ¿te importa que ella viaje contigo?”

Obi me lanzó una mirada llena de esperanza y asentí. “No me importa.”

“Gracias,” sonrió, empujando ligeramente a Obi en mi dirección. “Adelante. Nos encontraremos en órbita y todos haremos el salto juntos.”

“Estaremos esperando,” confirmé, y subí por la rampa, con Obi siguiéndome. Al encontrar la caja metálica, la levanté con la Fuerza y descendí al fondo de la nave. La coloqué en el suelo, la abrí y me detuve al ver que mi armadura reposaba encima, junto con dos piezas que no había encargado, y una disco de datos. La pieza del pecho había sido modificada, añadiendo una sección elevada en el centro que parecía una calavera—una calavera con cuatro cuernos y cuatro aberturas para los ojos.

Fruncí el ceño pensando qué podría haber en esa disco, después abrí la parte superior de mi túnica y coloqué la pieza de pecho de nuevo en su sitio, asegurándola sobre mi ropa interior. Las otras piezas eran un par de hombreras, diseñadas para durar varios años sin ser demasiado grandes como para parecer ridículas ahora o demasiado pequeñas para ser útiles cuando envejeciera. Una de ellas llevaba la misma calavera que la pieza del pecho. Esa, la coloqué en mi túnica, sobre el hombro derecho. La otra ostentaba la misma insignia de calavera de Mythosaur que la armadura de Jaster y fue puesta en el hombro izquierdo. Ambos, como la pieza del pecho, estaban desnudos—sin pintar ni cromar, solo mostrando el patrón gris natural del beskar.

Debajo de la armadura, encontré una pila mucho mayor de

Los maestros Dooku y Qui-Gon se unieron a nosotros unos minutos después, configuré las coordenadas para Coruscant que me enviaron, y sincronice el FTL de mi nave con el de ellos. Pocos momentos después, todas las naves hicieron el salto a la hiperespacio y la cabina se iluminó con un tono azul. Empujé el asiento en su carril y me di la vuelta, desabrochándome y dirigiéndome hacia la parte trasera. Obi se desabrochó y se levantó, apartando la silla mientras colocaba la alfombrilla en el suelo. Sonrió cuando tomé una vela, la coloqué entre nosotros y la encendí con la Fuerza al sentarnos.

Nos miramos en silencio durante unos momentos antes de decidir que debía actuar como adulto. “Deberíamos hablar.”

La morena gimió, pero asintió. Tomándose un respiro, lo soltó de repente. “Lo siento.”

“¿Por qué?” pregunté, preguntándome si ella siquiera era consciente de qué se disculpaba.

“Me dejé llevar por todo y tenías razón y”, apretó los puños en su bata y cerró la boca con fuerza. Esperé, dándole tiempo para ordenar sus pensamientos. Finalmente, dijo: “Pensé, sentí que... estabas siendo cruel. Porque estabas enojado.”

Reflexioné sobre ello, dando vueltas a la idea por un momento. ¿Yo? No, solo quería dejar clara una postura. Satine estaba equivocada. No sentía celos de que ella pasara tiempo con Satine, eso sería ridículo. Y aunque lo sintiera, no permitiría que afectara mi juicio ni la manera en que trato a las personas.

Aún así... tal vez tenía un motivo válido para disculparse. Lo había hecho antes, pero no habíamos tenido oportunidad de conversar desde entonces. Ella necesitaba saber por qué pensaba, probablemente...

“

“¿Estábamos siendo tontos?” levantó una ceja.

“Sí.”

Obi frunció el ceño, pero asintió. “No quería—”

“Lo sé. Perdón por haberme enojado.”

Asintiendo, ella susurró: “No debería haberte quedado enojada. Debería haberlo dejado pasar.”

Consideré mi respuesta por un momento. Recordando las palabras del Maestro Qui-Gon, solté una risita suave. “Vive y aprende.”

Luego nos quedamos en silencio, y por acuerdo no hablado, comenzamos nuestra meditación. Saqué mi orbe de cálculos y lo apoyé en mi regazo, una vez más trazando los caminos en su interior y llenándolo con lo que sentía que necesitaba, trabajando con la Fuerza para ampliar las intrincadas inscripciones.

Los días de viaje transcurrieron entre la finalización de mi informe sobre los acontecimientos entre Mandalore y Serenno, meditaciones compartidas, ocasionales peleas ligeras, además de conversaciones y momentos de compañía con Obi. Sus emociones volvían a amenazar con volverme loco, pero esta vez no estaban dirigidas a mí. Estaba triste por tener que separarse de Satine por ahora y probablemente no volvería a verla en un tiempo. Y aunque era comprensible... después de la segunda noche triste de Obi,

Eso era más fácil decirlo que hacerlo, lamentablemente. Así que, en su lugar, la mantenía distraída todo lo que podía, intentando agotarla antes de dormir con ejercicio físico, para que cayera en un sueño casi sin sueños.

Con tanto tiempo para meditar y trabajar en mi orbe de cálculo, empezaba a sentir que avanzaba de verdad, ahora que había superado el primer gran obstáculo de lograr que almacenara y fijara la Fuerza, permitiéndome acceder a ella. Solo... ¿unas pocas centenas de pasos más? No estaba completamente seguro. No parecía estar terminada. Quizás un cuarto del camino hacia la perfección, más o menos.

Una noche, después de nuestro ejercicio y de asearnos, Obi halló el disco de datos que había encontrado junto con mi armadura y lo levantó, agitándolo en el aire. “¿Qué es esto?”

“¿Hm?” pregunté, observándolo Anteriormente, recordando de dónde venía. “Lo encontré en la caja con mi armadura y materiales. No tengo idea de qué hay en él.”

“¡Vamos a averiguarlo!” La chica sonrió y se dirigió hacia el proyector holográfico, insertándolo. Tomamos un par de asientos y nos sentamos mientras comenzaba a reproducirse.

Tomó un momento, pero finalmente reconocí la escena al ver a Tor Vizsla de pie frente a un holocomunicador, mientras que yo era guiado a escena por Bo-Katan Kryze. Miré a Obi, antes de alcanzar el proyector holográfico. “Quizá no deberíamos—”

“Cállate,” susurró, empujando mi mano hacia abajo, y exhalé profundamente.

En el holograma, vimos cómo me abrí paso entre las esposas con una hoja mágica. Los siguientes minutos fueron un ensamblaje acelerado de imágenes tomadas desde aproximadamente treinta ángulos diferentes de la batalla entre yo y la Guardia de la Muerte. Cada baja se mostró desde varias perspectivas, incluyendo la que los derribaba si estaba presente. Todo culminó en mi enfrentamiento con el propio hombre.

Lamentablemente, la historia no terminó allí. No, el relato continuó.

Miraba fijamente.

¡Esto! ¡Por eso nunca dejamos salir a Methe Tanya de la caja a menos que sea absolutamente necesario!

“No sé qué decir,” susurró. Antes de que pudiera responder, me tomó y me sentó en su regazo, apoyando su barbilla sobre mi cabeza. “Sabes, te pones bastante intimidante cuando te pones

serio, ¿verdad?”

“¿Perdón?” Intenté, sin estar seguro de qué responder a eso.

Permaneció en silencio unos momentos, antes de hundir su barbilla en la parte superior de mi cabeza. “Definitivamente vamos a entrenar más con sables de luz cuando regresemos al templo. ¡Y tienes que enseñarme cómo hacer esa especie de escudo!”

Aproveché la oportunidad y asentí. “Puedo intentarlo, pero no puedo garantizar que puedas aprenderlo.”

“Está bien,” aceptó. “Ahora, explica por qué pensaste que era buena idea enfrentarte solo a unos treinta Mandalorianos en lugar de huir.”

Suspiré, derrotado donde estaba sentado. “Estaba bien.”

“¡Saltando de una nave espacial en perfectas condiciones y cayendo en la locura negra!

Prefiero que Onee-chan esté enojada conmigo por preocuparse que por estar cascarrabias y melancólico.

Y si soy honesto conmigo mismo... Tal vez, en ocasiones, me sentía un poco bien que se preocuparan por mí. De vez en cuando.